

---

***Adolfo Christlieb Ibarrola***

---

Ya para terminar la campaña política de 1964, expuse, en nombre de los militantes de mi Partido, las razones que nos mueven para trabajar por México desde Acción Nacional.

No luchamos por integrarnos en las responsabilidades del poder, para que en México se realice una simple sustitución de hombres, porque consideremos que como tales seamos mejores que otros mexicanos que tienen capacidad y preparación para servir al país; ni queremos hacer del poder trinchera para defender intereses de grupo alguno, cualquiera que sea, ni menos aspiramos a dirigir los destinos de la Nación por afán de ejercer el dominio sobre los hombres.

Buscamos que en México tenga plena realidad un concepto de la vida fundado en el respeto a la persona humana, a sus libertades espirituales y al derecho de todo hombre para compartir con sus semejantes los bienes de la tierra, en un régimen de justicia.

Luchamos porque tenemos fe en la capacidad fundamental del hombre para orientar moralmente los derroteros políticos del país, sin perjuicio de que los problemas técnicos se pongan en manos de los capacitados para resolverlos. Luchamos porque consideramos que la actividad política –derecho y deber de todo mexicano-, la más elevada a que puede dedicarse el hombre cuando se ejerce honestamente, tiene como sentido profundo el servir a los demás y no puede ser monopolio de grupos prepotentes que confunden la estabilidad política de la Nación con su propia permanencia en el Gobierno.

En Acción Nacional creemos en la democracia como forma de vida y



de gobierno. Para nosotros, en cuanto a forma de vida, la democracia se funda en la igualdad esencial de todos los hombres. Para ello las soluciones que presentamos como base para resolver los problemas políticos, sociales y económicos, tienen como fundamento invariable el respeto a la dignidad de la persona humana, que estriba esencialmente en que nadie pueda ser considerado en la relaciones de convivencia como un simple instrumento de personas o grupos –incluido el Estado con menoscabo de sus libertades espirituales y de su destino personal, temporal y eterno.

Por eso, luchamos por la libertad religiosa, la libertad de enseñanza,, la libertad de expresión y la libertad de información.

Luchamos por la vigencia real de las libertades políticas, porque para el ciudadano significan la garantía de su derecho para optar libremente por las soluciones de gobierno que son mejores para todos, que no son siempre –lo demuestra la historia- las que proponen o imponen quienes ejercen el poder; por eso pugnamos para que se reconozca al ciudadano, mediante el ejercicio de esas libertades, el derecho de imponer rectificaciones a los gobernantes.

Exigimos una representación expresa y auténtica del pueblo en el Congreso, porque constituye la vía legítima y natural que tienen los mexicanos para impedir el establecimiento de regímenes autocráticos que pretenden erigirse y mantenerse primeramente, sobre la necesidad abstracta que tienen los pueblos de ser gobernados y que en la práctica, fundan el ejercicio –bueno o malo- del poder, en el exclusivo arbitrio de un hombre.

Luchamos por la Independencia de las organizaciones sindicales y profesionales, para que puedan cumplir las finalidades de defensa y mejoramiento de sus miembros, que les son propias, sin tener por ello que convertirse en instrumentos electorales o de control humano al servicio del grupo en el poder.

Luchamos para que la intervención del Estado en la economía no



encierre el propósito de controlar las fuentes de riqueza y de trabajo, sino para que se encamine a suplir la actividad de los particulares cuando no puedan o no quieran actuar, y para que dicha intervención se ejerza con el fin de corregir o impedir las injusticias que el poder económico impone en las relaciones humanas y para realizar una distribución justa de los bienes materiales, sin apoderarse de ellos para usarlos como instrumentos de dominio.

Por eso buscamos que se respete al pequeño propietario rural; exigimos que se libere al ejidatario de la organización política que rige su vida de trabajo; pedimos que se reconozca su derecho a tener en propiedad tierra suficiente para sostener a su familia y pedimos que se respete su libertad para que pueda organizarse bajo las formas asociativas que voluntariamente escoja, sin que el Estado ejerza controles indebidos sobre las mismas.

Luchamos por una empresa concebida como comunidad de vida y de trabajo, que no sea instrumento de concentración y dominación económica, sino camino de cooperación humana, útil para hacer accesible la participación en su propiedad al mayor número posible de hombres, especialmente a sus trabajadores.

Señalamos como finalidad de nuestra lucha política, el ejercicio del poder encaminado al servicio del bien común, para establecer, con respeto a las libertades humanas, un régimen en donde la justicia sea norma invariable de la convivencia y no simple pretexto para fundar formalmente decisiones de poder con fines de control político y humano.

Frente al peligro de un estatismo que trata de abrirse camino en todo el mundo –no exclusivamente en México- oponemos nuestras concepciones democráticas que salvaguardan la libertad y la dignidad de la persona, sin menoscabo de la autoridad ni de las funciones propias del Estado.

Frente a las situaciones económicas sociales creadas, que mantienen



a grandes mayorías excluidas del goce de los bienes que todo hombre tiene derecho a disfrutar, buscamos una reforma de las estructuras económicas, que sea tan amplia cuanto en justicia se requiera, a condición de que pueda mantenerse sin menoscabo el ejercicio de las libertades espirituales.

Frente al control político de un grupo cerrado, cualquiera que sea; presentamos como solución la responsable y libre decisión personal de los ciudadanos, para señalar los destinos de las comunidades en que viven.

Frente al planteamiento de los problemas mundiales en torno a los intereses políticos o económicos de las grandes potencias y sus satélites, reclamamos las soluciones internacionales fundadas en la justicia social y en el respeto recíproco y efectivo entre los pueblos, criterios que no sólo deben imperar en las relaciones internas de los grupos nacionales, sino que deben ser norma que guíe las relaciones entre pueblos pobres y pueblos que disfrutan de riquezas naturales y de posibilidades humanas de que los otros carecen.

Acción Nacional ha sostenido una lucha positiva contra el escepticismo político de gobernantes y gobernados que envuelve la vida del pueblo de México: escepticismo interesado de los gobernantes que consideran que nuestro pueblo “aún no” está preparado para vivir democráticamente; escepticismo de gobernados que por razones que se han vuelto atávicas, sólo alcanza a ver en el gobernante a alguien que tiene el poder para castigar o para hacer merced.

Acción Nacional ha buscado durante sus veinticinco años de existencia, devolver a los mexicanos la confianza en la eficacia de la actividad política. Cada día es mayor el número de quienes ven en la política, no un camino para dominar al hombre, sino una tarea responsable para servirlo con limpieza y desinterés; cada día también es mayor el número de quienes saben que mediante el ejercicio de los derechos políticos primarios –votar y expresar opinión sobre la vida pública de



México- el ciudadano contribuye al gobierno del país, y cada día, por tanto, es mayor el número de los ciudadanos que se interesan responsablemente por el destino de sus semejantes.

Por el interés innegable que se ha despertado en México hacia la vida pública –pese al escepticismo y al conformismo que todavía mantienen muchos como norma de conducta política creemos que en México toca ya su fin la llamada “democracia dirigida”, sistema que revestido con disfraces paternalistas por los regímenes “revolucionarios”, se mantiene como la expresión republicana contemporánea de la soberbia monárquica que en la segunda mitad del siglo XVIII, invocando las “siempre justas” resoluciones del soberano, sentenció que “los súbditos nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos de Gobierno”.

Tal vez las actividades y la vida misma de Acción Nacional carezcan de sentido para quienes dentro o fuera del poder sólo conciben la política como posibilidad de vigilancia y control de los destinos humanos y para los que piensan que gobernar es ejercer dominio sobre los demás en beneficio propio.

Tampoco puede tener sentido nuestra lucha para quienes aceptan como único criterio posible en política, el que el poder público señale, aun cuando se aparte de la razón y la justicia; ni podrá tenerlo para quienes confunden la tolerancia –expresión de respeto a los demás- con la dimisión de las convicciones propias.

Menos aún tendremos la comprensión de quienes se evaden de la actividad política, porque farisaicamente piensan que las manos limpias nunca podrán ser fuertes y que es imposible para las manos fuertes mantenerse limpias; ni tampoco la esperamos de quienes miden la bondad de un gobierno en función de la seguridad que reciben sus intereses creados.

Para nosotros, la tarea política obedece a requerimientos



fundamentales y vale la pena de vivirse. Mantener el concepto y las formas de vida de la civilización occidental de la que México forma parte, en lo que tiene de universal y de cristiano; nos sostiene una tarea que sigue adelante, sin que para ella representen obstáculo ni la incompreensión, ni el escepticismo, ni menos la burla, la injuria o la calumnia múltiple y contradictoria, con las que desde rumbos muy diversos se pretende nulificar y enlodar el primer esfuerzo libre, organizado y permanente que se realiza en la historia de México para poner a la política al servicio del bien común.